

PENÍNSULA ODISEAS

Christiane Ritter

Una mujer en la noche polar



Una mujer en la noche polar

Christiane Ritter

Ilustraciones de la autora

Traducción de Carles Andreu

ediciones península

Título original: *Eine Frau erlebt die Polarnacht*

© Ullstein Buchverlage GmbH, Berlín. Publicado en 2017 por Ullstein Taschenbuch Verlag. Publicado por primera vez en 1938 por Propyläen Verlag, Berlín.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición en Península: septiembre de 2019

© de la traducción del alemán: Carles Andreu Saburit, 2019

Las fotografías del pliego son cortesía de Bjørn Klauer, de Huskyfarm (www.husky-images.de / www.huskyadventure.com), y han sido publicadas con el permiso de Karin Ritter.

Mapas al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 14.415-2019
ISBN: 978-84-9942-836-9

ÍNDICE

1. La llamada del Ártico	15
2. Zarpamos y el mundo se vuelve más luminoso y estéril	19
3. Primeros días en el desierto blanco: un hogar típicamente masculino	33
4. <i>Mikkil</i>	59
5. Travesía en bote al interior	65
6. La tierra se sume en las sombras	81
7. Sola en la cabaña durante la primera ventisca	89
8. La calma después de la tormenta	99
9. Cae la noche	111
10. La <i>fortryllende</i> noche polar	125
11. Oscuridad sin fin	139
12. Llegan la banquisa y el primer oso	153
13. Un paisaje muerto	161
14. Un cazador nos trae correo	177
15. Excursión a Rensdyrland	187
16. La batalla para conseguir vitaminas	199
17. Primavera en el hielo	207
18. Devueltos a Europa	217
Epílogo	219

LA LLAMADA DEL ÁRTICO

Vivir en una cabaña en el Ártico había sido desde siempre el sueño de mi marido. Cada vez que fallaba algo en nuestro hogar europeo, cuando había un cortocircuito, se rompía una cañería o simplemente nos subían el alquiler, su respuesta era siempre que esas cosas no sucedían en una cabaña en el Ártico.

Finalmente, tras participar en una expedición científica, mi marido se quedó a pasar el invierno en Spitsbergen, donde se dedicó primero a pescar en las aguas gélidas desde su cúter, y más tarde, cuando todo se congeló definitivamente, a hacer de trampero y cazar animales por su pelaje en tierra firme. «Déjalo todo y vente conmigo al Ártico», me decía en las cartas y telegramas que llegaban del norte lejano.

Pero como para todos los centroeuropeos de la época, el Ártico era para mí sinónimo de frío glacial y de una soledad inevitable. No lo seguí de inmediato.

Sin embargo, poco a poco, los diarios que llegaban cada verano procedentes del norte lejano empezaron a fascinarme. Estos hablaban de travesías por el hielo para encontrar agua, de los animales y del encanto de la naturaleza salvaje, de la extraña luz que iluminaba el paisaje, pero también de la extraña luz que ilumina-

ba el propio yo en la gran lejanía de la noche polar. En aquellos apuntes no se mencionaban casi nunca el frío ni la oscuridad, ni tormentas ni fatigas.

Imaginaba la pequeña cabaña bajo una luz cada vez más favorable. Era ama de casa y no tenía necesidad de acompañarlo en sus peligrosos periplos invernales. No, podía quedarme junto a la cálida chimenea del refugio y tejer calcetines, pintar desde detrás de la ventana, leer gruesos tomos con toda la tranquilidad del mundo y, desde luego, dormir a placer.

En mi fuero interno fui madurando la decisión de aventurarme a pasar un invierno en el norte. Me preparé con gran aparato, dispuesta a plantarme en el Ártico perfectamente equipada y a presenciar los acontecimientos y la belleza ignota de la noche polar como desde un cine climatizado. Madres, abuelas y tías tejieron prendas cálidas; padres, tíos y hermanos me regalaron lo último en equipamiento para el frío. Aun así, insistieron una y otra vez en que la idea de que una mujer se marchara al Ártico era un absoluto disparate.

En esas llegó la carta que mi marido me había mandado a inicios de la primavera:

Espero que cumplas con tu promesa y este año te vengas para acá. He alquilado un pequeño refugio en la costa norte de Spitsbergen para el invierno próximo. Al parecer se trata de una cabaña sólida y bien construida. Y no te sentirás totalmente sola: en el extremo noroeste de la costa, a unos noventa kilómetros, vive todavía un viejo sueco, un cazador. En primavera, cuando regrese la luz pero el mar y los fiordos sigan aún congelados, podremos ir a visitarlo.

Aparte de tus botas de esquiar, no hace falta que traigas nada más. En la cabaña hay ya esquís y demás pertrechos de un compañero que vivió aquí antes. De las provisiones y del resto de las cosas necesarias para pasar el invierno, ya me encargo yo.

No traigas nada más que a ti misma y una mochila que puedas cargar cómodamente. Se nos ofrecen unas condiciones de viaje muy

favorables. Nøis, un cazador, nos llevará a remo desde la bahía de Adviento y a través del Eisfjord, el fiordo de Hielo. Luego, tiene aún intención de acompañarnos a través del glaciar en un trineo tirado por perros, y a partir de ahí proseguiremos el camino en solitario, a través del fiordo de Wijde, siempre adelante. Desde luego, tendremos que cruzar varios ríos glaciales, pero en unas dos semanas estaremos en nuestra residencia de la costa norte.

Mándame un telegrama en cuanto sepas en qué barco vas a llegar. Entonces radiotelegrafiaré a tu embarcación con todas las instrucciones para tu desembarco.

P. S. Si todavía tienes sitio en la mochila, trae por favor pasta de dientes suficiente para dos personas durante todo un año y agujas de coser.

Apenas unas horas después de la llegada de la carta, ya me había provisto de un pasaje y había telegrafiado a mi marido con el nombre y la fecha de partida de mi barco. Solo entonces dejé que me invadiera la consternación por no poder llevarme nada. ¡Con la de cosas que había preparado! Aparte de todo el equipo para la expedición, tenía también a punto un edredón y calentadores, libros y cuadernos, cajas de pinturas y películas, levadura y todo tipo de especias, además de lana e hilo de zurcir. ¿Qué no iba a necesitar para pasar un año entero en el desierto ártico junto a un hombre que solo Dios sabía cuánto se había asilvestrado en los últimos años...?

Y ¿por qué mi marido había tenido que elegir la costa norte para pasar el invierno? Ni más ni menos que la costa, que, si no iba errada, pasaba prácticamente el año entero sitiada por témpanos flotantes que dificultaban el acceso a los barcos, a doscientos cincuenta kilómetros de expedición entre glaciares y fiordos del asentamiento humano más próximo.

Con gran pesar, preparé la mochila con los objetos imprescindibles. Metí todo lo que quedaba, montañas y montañas de cosas,

en viejos baúles y sacos de marinero... y me los llevé también. Si un feliz lance del azar no permitía que mis efectos llegaran a su destino, no me importaba que quedaran abandonados en algún recodo solitario de la costa de Spitsbergen.

Un caluroso día de julio, ataviada con traje de esquí y botas claveteadas, y con una mochila alta como una torre a la espalda, me dirigí a la estación acompañada por mis padres y hermanos, por la cocinera, además del jardinero y la lavandera, que también habían querido acudir a despedirme. Todos seguían meneando la cabeza ante aquella expedición, pero aun así me llenaron los bolsillos de regalos, distintas bagatelas indispensables para el Ártico, según sus propias palabras, cosas que debía llevarme sin excepción, pero que solo podía abrir en cuanto me encontrara a bordo del barco.

—Si la estufa de la cabaña no es buena, regresa en el último barco del otoño —exclamó mamá, preocupada, justo en el momento en el que el tren se ponía en marcha.

ZARPAMOS Y EL MUNDO SE VUELVE MÁS LUMINOSO Y ESTÉRIL



Con actitud vagamente indolente, me dediqué a contemplar el ajetreo del puerto de Hamburgo mientras nuestro barco zarpaba. En mi interior había empezado a imponerse ya el silencio de las latitudes septentrionales. A mi alrededor, sin embargo, miles de personas se despedían y se sonaban la nariz, mientras la orquesta del barco interpretaba una sentimental melodía de despedida.

Los viajeros que no se habían apresurado a reservar los asientos de cubierta tomaron por asalto las salas de café y la taquilla de cambio: gente de ciudad preparándose para iniciar aquellas vacaciones polares de cuatro semanas con las prisas propias de la ciudad.

Yo me refugié en mi camarote, desempaqueté los regalos de los míos y me conmoví: la Biblia de papá, impresa en un delicado papel; ropa de pelo de camello de mamá; un espejo irrompible de

mi hermana; perejil seco del jardín, cucharones y un batidor de la cocinera; además de un san Tobías medieval contra los malos espíritus, regalo de la lavandera.

Los viajeros que entraban en mi camarote dirigían una mirada de consternación a mi equipaje. Sin embargo, y para evitar atenciones innecesarias, había decidido no revelar nada acerca de mis planes para el invierno a mis compañeros de barco, de modo que no podía sacarlos de su asombro.

Al día siguiente, la tormenta a bordo se había calmado ya. Los mil cuatrocientos inquietos pasajeros dormitaban con actitud propia de veraneantes en los mil cuatrocientos asientos de cubierta, y yo fui a cerciorarme de que el día anterior hubieran cargado mi montaña de equipaje a bordo.

De un rincón de la enorme bodega, vacía y mal iluminada, se levantó una pesada figura.

—Jo, jo, señorita, ¿es usted la dama que quiere ir a Spitsbergen?
—pregunta con voz amenazante y grave.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, es lo que pone en su equipaje. Y, diga, ¿qué se le ha perdido en aquella isla dejada de la mano de Dios?

El jefe de equipajes me dirige una mirada de compasión por encima de las gafas, mientras me despacha un recibo de portes.

—Nada... Quiero ver la aurora boreal.

—¿Para la universidad?

—No, para mí sola.

—Ah. Bueno, pues ya puede írselo quitando de la cabeza. En aquella isla va a morirse de frío. No es lugar para usted, muñeca. Y también podría coger el escorbuto. Suele decirse que allí, cuando alguien duerme bien dos noches seguidas, es que está a punto de pescar el escorbuto. Podría contarle unas cuantas cosas, antes trabajaba para el departamento de Sanidad.

—No, gracias, mejor no me cuente nada. Pero me hará el favor de bajar mi equipaje a tierra, ¿verdad?

—Pero ¿en qué punto de Spitsbergen quiere desembarcar exactamente?

—Sí, a mí también me gustaría saberlo, pero la verdad es que no tengo ni idea.

—Bueno, en ese caso será mucho mejor que vuelva a casa con nosotros. El capitán no va a dejar que abandone el barco. Usted no lo conoce. No va a permitir que se salga con la suya.

De repente me asusto de verdad.

—Y, diga, ¿dónde está el capitán? —pregunto al jefe de equipajes—. Quiero hablar con él.

—Arriba —responde, señalando con el índice a través de la cubierta, como si apuntara al cielo—. En el puente de mando.

Decidida, empiezo a subir escaleras y más escaleras, y tras dejar atrás los mil cuatrocientos pasajeros que dormitaban al abrigo del sol y el viento, llego al puente de mando, con sus anchos ventanales y aquella vista sobre un horizonte ancho, infinito.

—Señor capitán, he venido a preguntarle, si en algún momento y de algún modo, podrá dejarme en tierra en algún punto de Spitsbergen.

El capitán niega severamente con la cabeza. No puede hacerlo, es imposible; está decidido a devolver a todos los pasajeros sanos y salvos a sus casas. Además, para pasar el invierno en esas latitudes se requiere un permiso del Gobierno noruego.

—Pero mi marido me espera ahí arriba.

En el transcurso de nuestra conversación se hace evidente que el capitán conoce a mi marido, a quien tres años antes dejó en la bahía del Rey.

—No vamos a poner impedimentos a su desembarco, naturalmente —dice—. Avísenos cuando reciba el telegrama preceptivo.

Abandono el puente de mando aliviada, alquilo una silla de cubierta y me dedico a disfrutar despreocupadamente del viaje, como el resto del pasaje.

Llegamos a los fiordos, los típicos fiordos de las tierras boreales: agua verde de glaciar de la que se alzan riscos negros, cascadas que brotan de entre las montañas como banderas blancas. ¡Qué placer despertar cada mañana y que la cama y el cepillo de dientes se encuentren en un fiordo distinto! Los pasajeros desembarcan y montan en automóviles que los conducen a todos los rincones románticos, donde pueden saltar de piedra en piedra en los arroyos helados e importunar a las cabras montesas; llevan fiambreras con comida y se dedican a sacar fotografías y comprar recuerdos.

Por la noche regresan a las máquinas, la cocina y el confort del coloso flotante, donde les dan de comer, se acuestan y prosiguen el viaje. Todos bailan, flirtean, comen y beben a lo largo de aquellas costas de ilustre belleza, hasta que un buen día constatan con claridad que, a medida que se adentran en el norte, el mundo se vuelve cada vez más luminoso, más desierto y solitario.

La claridad del atardecer se prolonga durante toda la noche. Acantilados y montes estériles asoman entre la macilenta luz acuática. Sopla un viento gélido, extraño, procedente del paisaje primitivo. El paisaje hace pensar en la Tierra durante los últimos días del Diluvio.

Tras las puertas de cristal de las cubiertas de paseo, en los salones de café iluminados, están los hombres, fumando, bebiendo y bailando, pensando y hablando como lo hacen cada noche en sus locales de la ciudad. Apenas reparan en cómo el mundo exterior va mudando en un lugar cada vez más inhóspito, del que dentro de unas semanas regresarán tras haber comido y dormido hasta la saciedad.

Llegamos a Tromsø. En el puerto hay vapores de pesca y embarcaciones polares, discretas e inmóviles. Huelen a alquitrán y a hí-

gado de bacalao, y los envuelve una atmósfera de aventura, hielo, tormentas y distancia.

Pero hoy los habitantes de Tromsø solo tienen ojos para el transatlántico alemán. Se echan a las calles y se dirigen al puerto, todas las tiendas están abiertas, reina una gran actividad, aunque son ya las diez de la noche.

Con la dirección en la mano, pregunto aquí y allá por una familia de la ciudad que me han recomendado. El camino discurre entre zarzales, bosques de abedul, hierba y maleza. Aquí todo es gigantesco, hermoso. La cicuta mide casi tres metros y tiene unas umbelas enormes y unas hojas de una exuberancia tropical. La luz perpetua del verano multiplica su crecimiento. Llego a una villa de madera lacada en blanco, construida en medio de un pedazo de naturaleza delimitada por una verja. Aquí no parece que haya jardines ni parques: con la voluptuosa naturaleza basta y sobra.

La familia me recibe con los brazos abiertos. Son las primeras personas a quienes revelo mi destino final desde que emprendí el viaje. No hablo ni una palabra de noruego, por lo que la nuera hace las veces de intérprete.

—¡Papá dice que él de usted no iría al desierto de hielo de Spitsbergen!

—No me da miedo —le contesto—, mi marido asegura que, siempre y cuando uno se abrigue como es debido, el frío allí no es tan distinto al que hace en la Europa Central.

—Su marido tiene experiencia con el invierno polar —replica uno de los hijos de la casa, asintiendo con la cabeza.

Me preguntan si pueden ayudarme de alguna forma.

—Helmer Hansen sabe qué provisiones necesito, debo ir a comprarlas hoy mismo. Mi marido le ha mandado una lista.

Van a buscar a Helmer Hansen. El nombre me hace pensar en un gigantón. Participó en la expedición de Amundsen que descubrió el Polo Sur, y lo acompañó también en el paso del Noroeste a bordo del *Gjøa* y en el paso del Nordeste con el *Maud*.

Helmer Hansen es un hombre curioso, grácil y callado, con unos ojos azules enormes y bondadosos. Me estrecha la mano durante un buen rato y dice:

—El capitán Ritter se alegrará de que *fruen* suya ha venido. *Fruen* debe comprarse *komaga*. Botas de agua no son necesarias, pero sí calcetines de fieltro.

Me traen los objetos deseados de varios establecimientos de la ciudad, en todos los tamaños y formas posibles.

Las *komaga* son unas botas laponas, anchas como barcas y hechas a mano con un cuero finísimo. Las puntas de los zapatos apuntan hacia arriba, las polainas llegan hasta media pantorrilla. Me pruebo el par más pequeño, pero me quedan demasiado grandes.

—¡Son demasiado pequeñas! —exclama enérgicamente Helmer Hansen, que me aconseja que me quede con el par más grande. Se me meterá mucha hierba en los zapatos: cuanto más grandes, mejor.

A las doce de la noche me acompañan de vuelta al atracadero. El inmenso transatlántico flota en el agua como si lo acunara la luz crepuscular. Todas las luces de cubierta brillan. La imagen es imponente. Los pasajeros van de un lado a otro de la cubierta como polillas alrededor de un quinqué. Parecen extasiados por el crepúsculo, el rojo encendido del firmamento y el agua, por el arrebol atemporal del atardecer interminable, que pasada la medianoche se torna en una aurora todavía más luminosa. Hoy nadie piensa en dormir. Se acuestan solo cuando el barco vuelve a zarpar y, ya en alta mar, refresca. El aire es cada vez más frío y cortante.

Al día siguiente no vemos tierra. El banderín sobre el mapa de viaje va desplazándose hacia el norte, por los mares que separan Noruega y la isla del Oso. La orquesta del barco toca por primera vez durante el día, tal vez para animar a los pasajeros e intentar que no se asusten ante la inmensa isla solitaria que asoma en el Ártico.

Yo estoy inquieta, pues todavía no he recibido noticia de mi marido acerca de dónde debo desembarcar.

A la mañana siguiente pasamos el cabo Sur de Spitsbergen. Al este, en el horizonte, entre las aguas grises atornasoladas y una cortina de niebla baja, brilla una extraña franja de tierra, una franja de montes azulados entre corrientes blancas de glaciar en las que se refleja el sol: la costa de Spitsbergen.

—Allí está Longyearbyen, el último puesto de avanzadilla de la civilización; se trata de una mina de carbón noruega —explica alguien en la cubierta.

Más adelante aguardan ya solo tierras despobladas. Un día entero de montañas, glaciares, rocas azules, hielo blanco... Por la noche, la costa ártica queda envuelta por la niebla y desgraciadamente no vemos nada. Mañana a primera hora el barco llegará a la frontera natural de la banquisa.

Muchos pasan la noche bailando. El resto de los pasajeros despiertan a las cuatro con un toque de trompeta distinto al habitual. El de hoy es especialmente vivo y alegre, y saca a los durmientes de la cama. Los pasajeros se agolpan en la cubierta de paseo.

¡Vaya, de modo que esto es la banquisa! Un puñado de témpanos tímidos, de un amarillo sucio, flotan entre la niebla y el agua. Todo está congelado. Unas damas con elegantes abrigos de pieles son las únicas que se sienten observadas y se muestran de muy buen humor. Los decepcionados pasajeros regresan a la cama.

A la mañana siguiente, el pasaje duerme hasta tarde. El mundo está de nuevo envuelto por una densa niebla. La sirena suena sin cesar. El barco ha emprendido ya el viaje hacia el sur.

Ya he decidido que, si no recibo noticias de mi marido, desembarcaré en Eisfjord: seguro que en la mina de carbón hay alguien que sabrá aconsejarme sobre dónde y cuándo encontrarlo.

Pero a media mañana llega el radiograma: «¡Te espero en bahía Rey!». El telegrama me genera alivio e inquietud a partes iguales. ¿Podrá atracar el barco en la bahía del Rey con esta niebla? La visibilidad es horrible, desde la proa del barco no se distingue la popa.

—Sobrecargo, ¿podrá atracar el barco en la bahía del Rey?

El tipo se encoge de hombros.

—Jefe de equipajes, ¿podrá atracar el barco en la bahía del Rey?

—¡Será mucho mejor que vuelva a casa con nosotros! —responde este.

Me preparo de todos modos y despacho las últimas formalidades a bordo. Los pasajeros pasean en la niebla, aburridos; muchos piensan ya en la comida, la mayoría se imaginan sentados de nuevo en sus respectivos despachos, de vuelta en casa. Yo estoy por lo menos igual de nerviosa que el resto de la tripulación en medio de la niebla gris, impenetrable. De pronto el barco se detiene, hemos llegado a la bahía del Rey. Subo al primer bote que se dirige a tierra.

Entre la niebla aparece un puente de madera. Encima hay un puñado de personas. Reconozco a mi marido de inmediato: es el más alto y el más flaco de todos.

—¡Ah, aquí estás! —dice, y se ríe por lo bajo. Tiene la piel tostada y lleva un impermeable descolorido y lleno de remiendos, y unas botas maltratadas por el agua de mar.

Me cuenta que tenemos mucha suerte: un pequeño vapor de pasajeros noruego está a punto de realizar su primera travesía. Se dirige a la bahía de Wood y nos dejará en el lugar donde vamos a pasar el invierno. Así nos ahorramos el pesado viaje a pie por el interior.

El viejo y jovial jefe de equipajes descarga personalmente y con gran ímpetu mis bultos en tierra. Llenan prácticamente la barca entera. Mi marido se ríe. En Europa tal vez se habría enfadado al ver que viajaba con tanto equipaje, pero el Ártico lo ha transformado. Su radiante resignación le da un aire peculiar. Desde luego, no se parece en nada a mí y al resto de los pasajeros.

Me enseña la bahía del Rey. Con una solemnidad no exenta de cierta ternura, va describiendo un paisaje que ni con la mejor de mis voluntades logro que me parezca bonito o sugerente. La costa es desolada, yerma y pedregosa.

—Aquí hay una antigua mina de carbón, hoy abandonada —me cuenta—. Allí está el hangar de dirigibles de la antigua expedi-

ción de Umberto Nobile, y allí, perdida entre la niebla, la pequeña cabaña donde pasé mi primer invierno aquí, hace ya tres años.

Llueve y hace un frío penetrante. Los pasajeros que habían decidido bajar a tierra regresan al transatlántico, atraídos por sus salones con calefacción y luz artificial.

Mi marido me conduce hasta una de las casitas de madera, donde vive un cazador de Spitsbergen que en invierno desempeña la función de guardia. Este nos recibe con placer evidente, llena sendos vasos de agua con coñac y brinda por la *fruen* que va a pasar un año en la isla. Lamentablemente, no entiendo ni una sola palabra de su discurso de bienvenida en noruego.

Subimos al vapor noruego, que ha llegado a puerto junto con nuestro transatlántico y con el que vamos a proseguir el viaje. La tripulación al completo se presenta en la cubierta. Todos, desde el capitán hasta los grumetes, me estrechan la mano con un espíritu de franca camaradería que me parece maravillosa. De repente tengo la sensación de encontrarme en el seno de una gran familia, como si los marineros y otros residentes del invierno ártico acabaran de adoptarme.

El viaje dura todo un día y una noche a través de la niebla. A ratos aparecen témpanos de hielo flotando en el agua y finalmente ponemos rumbo a la costa de Grohuk, el cabo Gris, donde se encuentra nuestro refugio. No tengo ni idea de en qué dirección avanzamos ni de dónde nos encontramos.

Mi marido me revela que ha alistado a otro hombre para el invierno.

—No sé qué efecto va a tener el Ártico sobre ti. Además, no quiero dejarte demasiado tiempo sola en el refugio y mi territorio de caza actual es muy amplio. Conozco a Karl, que nos va a acompañar, desde hace tiempo; el año pasado estuvo estacionado conmigo en la bahía del Miedo. Es un tipo capaz y educado, originario de Tromsø. Por lo general suele emplearse en los barcos que navegan por el océano Ártico y es arponero de profesión.

Este verano, durante el viaje de vuelta, le pregunté si quería pasar un año «ahí arriba» y la idea lo atrajo enseguida. Dijo que sí sin dudar ni un segundo. Karl es un loco de Spitsbergen.

Entonces, volviéndose hacia el barco, mi marido exclama:
—¡Hola, Karl!

Este aparece de inmediato; un chico rubio y aseado, con unos ojos azules y risueños. Le echo unos veinte años. Nos damos la mano y nos sonreímos. No podemos decirnos nada, porque Karl no habla alemán y yo no hablo noruego. Los tres estamos de muy buen humor, aunque cada uno tiene sus motivos. Mi marido celebra la perspectiva de un hogar ordenado, yo estoy emocionada ante los tan ensalzados atractivos de aquellas latitudes desiertas y Karl (algo que me confiesa mucho más tarde) se regodea en una sensación muy particular: está convencido de que la «dama de la Europa Central» va a perder el juicio con los temporales y la soledad de la larga noche polar.

Volvemos a adentrarnos en la densa niebla. Gaviotas grises moteadas sobrevuelan el barco muy de cerca. No se parecen en nada a las gaviotas que he visto hasta hoy. Vuelan batiendo las alas con movimientos lacónicos y vigorosos. Su expresión apagada y encarnizada sugiere obstinación y belicosidad. En su mirada intuía por primera vez la naturaleza implacable del Ártico.

Los pocos pasajeros del pequeño vapor tienen nacionalidades de lo más variopintas, aunque, cuando los conocemos mejor, comprendemos que a todos los une su pasión por Spitsbergen. Hay un millonario inglés de mediana edad, de piel curtida y con el cuello descubierto. Lleva sandalias, pantalón corto y un fino impermeable, todavía más corto que los pantalones. Se ha endurecido especialmente para Spitsbergen porque ama este lugar. Ha pasado ya varios veranos «ahí arriba», donde ha viajado con los cazadores mientras estudiaba el país y la gente. Regresará muchas veces más.

Mi vecino de mesa a mano izquierda, también inglés, narra con gran excitación su travesía de la primavera anterior, que ter-

minó cuando él y sus camaradas perdieron todo el equipaje de la expedición en un impetuoso río glacial de la bahía de Wijde. Pero el año que viene volverá para pasar el invierno en la Tierra del Nordeste.

—A lo mejor se queda allí ya este invierno —lo pincha mi marido. Mister Glen había emprendido ya el viaje de vuelta a casa cuando se enteró de que el *Lyngen* estaba preparado para zarpar y decidió regresar. No logra alejarse de la isla.

—Mathilas está enterrado en Grohuk —explica el práctico—. El famoso marinero polar fue a Spitsbergen con su embarcación cuando tenía ya setenta años.

—La mejor estación es la primavera —dice un joven noruego, con una sonrisa ensoñada—, es una época inolvidable...

—Vale, pero yo no pienso dejarme atrapar por la isla, como os ha pasado a vosotros... —replico.

—No, a usted también la atraparé —sentencia el noruego, en voz baja pero con tono categórico.

El viaje prosigue entre la niebla. Las únicas distracciones son las comidas. Un atento camarero me sirve los mejores platos: debo disfrutar de la vida antes de adentrarme en aquel páramo.

Ya hacia el final de la travesía, un anciano caballero de aspecto curtido —el director de telégrafos de Advantbai, la bahía de Adviento— se dirige a mí en tono paternal y afectuoso y me dice:

—Señora, si quiere pasar bien el invierno, debe recordar tres cosas.

(Habla una mezcla estrambótica de noruego y alemán, con lentitud y una prosodia de lo más exagerada.)

—Dé cada día un *spasiertür*, un paseo, incluso con ventisca y tormenta; es tan importante como comer y beber. ¡Que no falte el humor! Nunca inquietud; ¡nunca preocupación! Y así todo irá bien. Conozco Spitsbergen desde hace veinticinco años.

Le agradezco el consejo, aunque no sé si voy a ser capaz de recordar sus palabras...

Tras veinticuatro horas de viaje a través de la niebla, los motores se detienen de repente y el vapor se queda quieto, bamboleándose con las olas negras del mar picado.

—¡Hemos llegado! —exclama mi marido.

—Mire, ahí está su refugio —dice el joven noruego que tengo junto a mí, y señala un punto en la niebla. Efectivamente, poco a poco va distinguiéndose una franja de costa alargada, gris y desierta, y en esta, como una caja diminuta que alguien hubiera arrojado de cualquier manera, lo que debe de ser nuestro refugio. Todos los pasajeros salen a cubierta y observan la costa con idéntica consternación. Como si quisieran demostrarnos un poco más de cariño, nos ayudan a descargar los bultos, grandes y pequeños, por encima de la borda. Nadie dice nada. Solo un caballero mayor, que habla alemán, encuentra las palabras:

—No, señora mía, no puede usted pasar el invierno aquí. Imposible, ¡sería una frivolidad imperdonable!

Pero al ver que estoy decidida a seguir a los dos hombres, reacciona con cólera.

—La juventud de hoy... ¡Tendría que estar prohibido! ¡Cualquiera diría que va a hacerse rica! —exclama finalmente, con gran desespero.

—No, no vamos a hacernos ricos —admito yo.

—Sí va a hacerse rica —responde el joven noruego, aunque su sonrisa distante no evoca tesoros mundanos.

El capitán se compromete a recogernos en este mismo punto dentro de un año. El capitán y todos los marineros nos dan la mano con silenciosa camaradería. Todos los ojos reflejan la gravedad del momento.

—*God winter!* ¡Buen invierno! —exclaman a modo de despedida, como si hablaran por una misma boca.

Pero los tres hibernadores estamos exultantes de alegría, aunque a lo mejor se trata de humor patibulario. Habría sido más fácil saltar al agua desde la escalera de cuerda que subir al bamboleante bote. Finalmente, sin embargo, logramos tomar asiento, sanos y salvos, entre las montañas de cajas y sacos. Los marineros reman. Lentamente y meciéndonos de forma ostensible, nos dirigimos hacia la costa.

En el bote va también míster Glen, el experto en travesías. Tiritita de frío en medio del viento y la lluvia y le castañetean los dientes; no lleva ni gorro ni abrigo. Aquel país le ha arrebatado toda su fortuna, pero no deja pasar ni una oportunidad de visitar la isla.

—Oh, cómo me gustaría quedarme con ustedes. Spitsbergen es una tierra maravillosa —dice, y escruta la niebla con mirada reluciente.

«Una tierra horripilante es lo que es», pienso yo para mis adentros. Aquí no hay más que agua, niebla y lluvia; ofusca a las personas y les hace perder el juicio. ¿A qué viene uno a esta isla? ¡Cuántas esperanzas, cuántos planes frustrados, cuántas expediciones perdidas y, sobre todo, cuántas vidas segadas por esta tierra!

